

de la caña; la inseguridad, la represión y la manipulación política lograron, sin embargo, debilitar estas alianzas. La experiencia de Cienfuegos parece sugerir que ni el antirracismo ni el racismo fueron necesariamente una característica más "básica" o "esencial" de la lucha por la independencia. En sus múltiples variantes, ambos participaron en la trama de las complejas divisiones políticas y de clase de una isla sometida a una rápida transformación económica.

## COMENTARIOS

Nell Irvin Painter

Es un placer especial comentar un ensayo de Rebecca Scott. A lo largo de los años, he admirado su trabajo y sólo desearía tener más habilidad para comentar lo que ella nos ha dicho en su excelente ensayo.

Hace una semana comenté un trabajo en el coloquio sobre "Cuestiones raciales" celebrado en Princeton. El título de la mesa que yo presidía, "Raza, Estado y creación del sujeto nacional" resulta curiosamente apropiado para comenzar mis comentarios sobre el ensayo de Rebecca Scott. La semana pasada, comparé el Estado y la nación. Vi el Estado como la organización política de un grupo de gente, resumida en el aparato gubernamental de un país o una federación —su legislación, policía, ejército y sistema jurídico. Los estados cuentan con el poder de coerción, y esa coerción puede ser discriminatoria, violenta, inclusive fatal, para sus ciudadanos.

El Estado en cuestión ahora es Cuba; y a principios del siglo XX, Cuba tuvo, como Estado, una existencia estructural y material. En 1912, el Estado cubano actuó de una manera racista para aplastar las protestas de los trabajadores.

La nación, por otro lado, aparece generalmente como el aparato ideológico del Estado, que provee una especie de vínculo viviente entre la estructura del Estado y la narrativa de una nación. La existencia de una nación es discursiva, y la nación exige un relato que no sólo es historia, sino una justificación de su propio ser. Como demuestra Rebecca Scott, un aspecto crucial de la narrativa nacional en Cuba fue la unidad trans-racial: a finales del siglo XIX, los cubanos trascendieron las divisiones de raza para derrotar sus amos españoles. El símbolo de la nacionalidad cubana en 1898 era una negación de la jerarquía racial.

Una nacionalidad no-racial en la Cuba insurrecta tenía mucho sentido, ya que una proporción muy grande de los cubanos a finales de este siglo era claramente de ascendencia africana. En su ensayo, Scott señala que un 30% de la población era afrocubana y subraya que su apoyo fue crucial en la lucha de independencia contra España. La nacionalidad cubana, sin orientación racial, también resultaba práctica en el sentido retórico, dado que gran parte de la ideología española dependía de una terminología racial. Tengo entendido que las leyes raciales de la administración española contenían excepciones para que la gente de color que conseguía su libertad, educación y bienestar pudiera ascender la escala de color, de acuerdo con el dicho brasileño de que “el dinero blanquea”. Antes de concluir mi comentario, regresaré a las connotaciones de lo negro y a la siguiente pregunta: ¿cuánto se puede progresar en la escala de color mediante la movilidad económica?

Permítanme aquí dirigirme al contexto racista del imperialismo español como una contingencia que necesita ser considerada para analizar la ideología racial de la posguerra. No quiero decir que la ideología de la supremacía blanca española dictara la identidad no-racista cubana —el ejemplo de las costumbres del supremacismo blanco de los ingleses del siglo XVIII y de los norteamericanos del siglo XIX demuestra que una revolución no altera necesariamente la jerarquía racial.

Mientras hablo sobre precedentes norteamericanos, quisiera señalar un paralelismo con la historia de los Estados Unidos que puede resultar útil para precisar el contraste entre la narrativa de una nación y la acción del Estado, como Scott lo hace para Cuba en el período entre 1898 y 1912.

Scott percibe algo próximo a una paradoja en el espíritu interracial revolucionario de 1898, durante la Guerra de Independencia, y el racismo de 1912, puesto de manifiesto por la represión contra las organizaciones laborales en Cienfuegos. En los Estados Unidos, la rebelión Shay de 1786 y la rebelión Whiskey de 1794 muestran que el nuevo Gobierno Federal no permitía una resistencia organizada contra sus leyes, independientemente de que los insurgentes vincularan sus luchas con los ideales de la Revolución Americana. En este caso, y puede que en la Cuba de 1912, el ejercicio de la autoridad gubernamental pasaba por encima de las teorías de la nación. Tal vez no debiéramos esperar que los ideales revolucionarios resistan durante el largo proceso de conformar una entidad política y una economía, ya que los ideales y las leyes pertenecen a dos dominios conceptuales muy distintos. Esta separación apunta a uno de los problemas del ensayo de Scott: pretende llevar a cabo dos, o tal vez tres, tareas que son difícilmente compatibles.

El trabajo tiene dos objetivos ostensibles que no coexisten con mu-

cha facilidad. Scott quiere 1) investigar la "paradoja", para usar sus propias palabras, de cómo la ideología revolucionaria interracial de 1898 fue seguida por la matanza racista en los campos azucareros, y 2) "examinar los vínculos entre los modos de vida y la acción colectiva, entre la lucha y la vida cotidiana" en Cienfuegos. Cienfuegos fue el terreno tanto de la colaboración interracial contra la ocupación española como el de la represión racista de las disputas laborales. Un tercer objetivo está sugerido en la cita 21.

Al esbozar la historia social de Cienfuegos desde 1870 hasta 1912, Scott logra cumplir con su segundo objetivo. Pero su primer objetivo, investigar la "paradoja" de la cambiante ideología racial entre 1898 y 1912, no está tan bien desarrollado, porque los eventos entre 1902 y 1912 ocurren tras bambalinas. Scott sólo nos asegura que el paso del tiempo es breve —ella dice que "la represión de 1912 llegó tan sólo catorce años después del fin de la Guerra de Independencia". Para un historiador norteamericano, sin embargo, una década es toda una era, y algo que ocurrió catorce años después de otra cosa requiere una descripción totalmente distinta. Nuestra periodización es por décadas, lo que desconcierta a algunos, y nos deja notoriamente concentrados en la corta duración.

El paso silencioso por esos catorce años deja completamente confundida a esta historiadora de los Estados Unidos. El trabajo de Scott só-

lo ofrece la comparación con el mundo azucarero de Louisiana, donde la organización interracial de la década de 1880 fue víctima de la represión del supremacismo blanco. En el ensayo, además, se hace referencia a las diferencias entre Cuba y Louisiana: en Cuba, raza y clase no poseían la misma congruencia; el supremacismo blanco no era tan dominante, esto sin tomar en cuenta el contexto más amplio de otros estados sureños; y en Cuba existía una sólida, aunque breve, tradición política de movilización entre los veteranos afrocubanos de la Guerra de Independencia.

Mi acercamiento a lo que sospecho es el tercer objetivo de Scott requiere una discusión más amplia. Dada la ausencia de información sobre el período de 1902 a 1912, sólo puedo suponer que Scott entiende el concepto de "raza" (sino es que el de racismo) como algo estático y no como un índice social que interactúa con otros constantemente y cambia su significado de acuerdo con la cronología y el contexto. Probablemente, Scott participa de la perspectiva de los estructuralistas, quienes (a diferencia de los post-estructuralistas) perciben la construcción cultural del racismo como algo que, una vez elaborado, no se somete a una continua renegociación. Sólo puedo estar absolutamente de acuerdo con la conclusión de Scott de que "ni el racismo ni el anti-racismo fueron una característica 'esencial' del fin de siglo cubano, o un legado inalterable de

la lucha de independencia". Pero me inclino más hacia el punto de vista post-estructuralista que pone el énfasis en los cambios y las constantes renegociaciones de los símbolos a través del tiempo.

Me pregunto también si los presupuestos que sustentan su método —en especial, la falta de información sobre lo que pasó en los años ignorados y la enunciación de distintos tipos de organización interracial y represión racista— podría conducirnos a una conclusión distinta. En efecto, me doy cuenta de que en su ensayo ella explota lo que inicialmente enuncia como un enigma y una paradoja. Pero la formulación inicial, en sí misma, se construye sobre una concepción libre, casi material, de raza y racismo. Me gustaría explorar su método, conforme a lo que está contenido en la nota 21.

En la nota que sigue a la mención de grupos revolucionarios armados "bajo dirigencia local, con frecuencia negros o mulatos", Scott escribe:

Cualquier presuposición de "fluidez" infinita en las categorías raciales cubanas resulta insuficiente ante la prosaica observación de un trabajador de Hormiguero de cincuenta y ocho años. Cuando se le hizo la pregunta rutinaria al comienzo de una declaración de si tenía alguna relación con el querellante Elias Ponvert, el trabajador replicó con brusquedad: "Es imposible que yo

sea pariente suyo: él es blanco y yo soy negro".

Esta nota no va acompañada de una descripción más amplia de ese trabajador, quien, resulta, está en contra de la destrucción de los cañaverales en 1897 por parte de los revolucionarios. Este trabajador se escandaliza frente al atropello revolucionario de "un nuevo y bello cañaveral", una respuesta que Scott interpreta como el sentido de preservación de un trabajador en cuanto a su modo de vida y... "el respeto que la caña por sí sola merece".

Me intriga el uso que Scott hace de este trabajador como vocero de la verdad en su texto y por las dos frases que cité de la nota 21: 1) el adjetivo "fluidez infinita" de la categorización racial apenas se ha cuestionado en este ensayo, y 2) el "imposible" de nuestro informante, que Scott interpreta literalmente. Al preguntársele sobre su parentesco con la familia terrateniente Ponvert, el trabajador responde con una evidente falacia "es imposible que seamos parientes: él es blanco, yo soy de color", recurriendo a una clara diferencia "racial" entre blanco y negro. Él transforma la pregunta sobre su parentesco familiar en una respuesta sobre una imposible identidad de clase y raza.

Me parece que, lejos de sentar cualquier tipo de conjeturas acerca de la fluidez de las categorías sociales en Cuba a finales del siglo pasado, Scott crea más dudas que respuestas, en cuanto a lo histórico y a

lo historiográfico. El informante, firme en su denuncia de la brecha que separa a los blancos y a los negros, es la misma persona que se indigna ante las tácticas destructivas de la coalición insurgente multirracial.

Quiero pedirle a Rebecca Scott que "desempaque", como se dice en los departamentos de literatura inglesa, sus afirmaciones y yuxtaposiciones en la nota 21: ¿A quién le está hablando y por qué? ¿No le sorprendió a Scott la respuesta del informante, prologada por una afirmación de imposibilidad de mezcla de blancos y "gente de color", a pesar de que proviene de una sociedad como la cubana, notoria por su diversidad racial? ¿En qué sentido es que la sorprendente respuesta de ese informante refuta los presupuestos de "fluidéz 'infinita'" dentro de las categorías raciales de Cuba? ¿Qué es lo que está en juego en la historia y la historiografía cubana? ¿Será el tercer objetivo del trabajo de Scott asestar un golpe de muerte al concepto mismo de "fluidéz racial infinita"?

Antes de devolver la palabra a Scott, quisiera 1) volver al tema tratado anteriormente en mi comentario, y 2) señalar un elemento que sólo aparece a medias en este ensayo. En el tercer párrafo de mis observaciones, menciono la posibilidad, otorgada por el gobierno español, de que la gente de color que fuera capaz de alcanzar libertad, educación y bienestar, pudiera ascender en la jerarquía de color,

conforme a lo que dicta el dicho brasileño "el dinero blanquea". Prometí regresar a las connotaciones de lo negro y al problema de cuánto se pueda avanzar mediante la movilidad económica en la escala de color.

Scott menciona la conocida figura de Antonio Maceo, proveniente de una "familia libre de color", por lo que asumo que alude a una ascendencia mixta, en términos raciales. En la historiografía norteamericana, la mayor parte de las discusiones sobre la fluidéz racial tratan sobre gente de razas mixtas pertenecientes a una clase media. Pero ¿qué sucede con los descendientes de africanos no mezclados que también pertenecen a la clase trabajadora empobrecida?

En su ejemplo sobre la represión racista de 1912, los objetivos de la matanza son las personas triplemente condenadas en el bestiario racista: son negros, pobres y se sospecha que están involucrados con los levantamientos de un movimiento laboral. Para enunciar la pregunta en términos históricos: ¿habrían estado mejor estas personas durante el idealismo revolucionario anti-español? Y enunciando la pregunta en términos historiográficos: ¿están interesados los historiadores que se preocupan por la fluidéz racial en los casos donde coinciden las connotaciones de raza y clase?

Finalmente, en este ensayo apenas figura la sombra del racismo norteamericano, que contribuye, a principios del siglo XX, a reconfigu-

rar las antiguas preocupaciones hispánicas sobre lo blanco. El supremacismo blanco de los Estados Unidos opaca los años ignorados entre la movilización interracial y la represión racista. ¿Por qué Scott no ve la influencia de los Estados Unidos como una contingencia que amerita figurar en la paradoja-no-paradoja de su argumento? ¿Es éste, me pre-

gunto, un ensayo sobre la cambiante cara racial de la nacionalidad cubana, sobre la mutación del sujeto nacional cubano? o ¿es acaso un golpe más en la constante lucha entre Scott y otros historiadores de Cuba sobre cuán flexibles fueron los cubanos en sus ideales y prácticas raciales?